

Crear y celebrar la fe en tiempos de pandemia y confinamiento



Andrea Sánchez Ruíz

¿Quién nos robó la misa?

Celebrar en tiempos de pandemia en las iglesias domésticas

Este tiempo de cuarentena ha cambiado muchas cosas, entre ellas nuestras celebraciones. Celebraciones de todo tipo: deportivas, escolares, familiares, religiosas. Pero ¿alguien o algo nos ha robado la capacidad para seguir celebrando? No, desde ya que no.



Entre las dimensiones que caracterizan lo humano, la capacidad de celebrar, de hacer fiesta, es una de las más liberadoras. Cuando celebramos salimos de la rutina, rompemos con la monotonía de lo ordinario. Se genera un clima de gratuidad y alegría que distiende, nos aleja de las preocupaciones y favorece el encuentro interpersonal. La fiesta nos envuelve en su ritmo, sin tensiones, sin solemnidades, con la espontaneidad de quien disfruta el momento y se une sin prisa al gozo de compartir con otros y otras. Porque celebrar siempre es un acontecimiento grupal. Supone vínculos, motivaciones enlazadas, coincidencias, pertenencia mutua. Y en esa mutua pertenencia existe un lenguaje común, símbolos que nos identifican, una cierta ritualización capaz de evocar un momento trascendente, aunque inalcanzable, pero que se hace presente en el hoy de la fiesta y se prolonga hacia una promesa de futuro en la esperanza. Una torta, las velas encendidas, el soplo de estar vivos/vivas y los sueños del deseo. El canto comunitario, el aplauso y el abrazo nos dicen ¡qué bueno que existas! Y en el reconocimiento del amor y el compañerismo que une, es posible descubrir un sentido al estar vivo/viva y encender el sentimiento fugaz de felicidad, aquí, ahora, juntos.

Es verdad, hoy las fiestas nos encuentran a resguardo. Sin embargo sigue siendo posible celebrar. También nuestra fe. Y aunque no podamos participar de los sacramentos en los templos, podemos celebrar la presencia bondadosa del Dios Trinidad en nuestras casas, la pequeña iglesia doméstica.

Pensar que su autocomunicación amorosa solo es posible a través de la liturgia en el templo, significaría encerrar a Dios en nuestros rituales. Contra eso nos previenen los profetas de antaño de múltiples formas, cuando el pueblo, aferrándose al culto del templo se creía dispensado de caminar humildemente con su Dios, practicar la justicia y amar con fidelidad (Mq 5,8, Is 58, 6-12) porque honraba a Dios con sus sacrificios.

Saliendo de los límites del templo, la Palabra se hizo carne llegando al extremo de sus posibilidades comunicativas, para darnos a conocer su íntimo misterio: es Amor condescendiente, que se dona para hacernos renacer, para que transformados/as podamos reflejarlo (2 Co 3,18). En Cristo, la palabra eficaz de Dios realiza lo que afirma y vuelto al Padre, su cuerpo, la Iglesia, los cristianos/as, animados por su Espíritu, celebramos su presencia, reunidos en su nombre. Lo que Jesús hizo y dijo en Palestina es reiterado, actualizado, en cada encuentro comunitario que Él mismo se ha comprometido a presidir: “donde hay dos o más reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos” (Mt 18,20).

Por tanto, la donación amorosa y agraciante de Dios no queda reducida al ámbito sacramental. Este tiempo es una oportunidad para redescubrir la potencial sacramentalidad de lo cotidiano, que constituye el ambiente inmediato de nuestras vidas, el primer horizonte en el que se dan nuestras experiencias. Las experiencias que hemos vivido, aquellas

que han sido interpretadas e integradas en nuestra manera de entender y comportarnos (Isasi Díaz, 2003).

Los y las creyentes somos conscientes de que la presencia desbordante de Dios acontece en todos los momentos de la vida y sabemos que no tenemos que esperar determinados tiempos ni dirigirnos a determinados lugares para vivir, e incluso expresar, la alegría de esa presencia constante de Dios con nosotros/as. Nuestra participación en la misión salvífica de la Iglesia, en razón del bautismo, se realiza en las propias condiciones de vida, no al margen de ellas (Lumen Gentium,33).

Es nuestra oportunidad de ser creativos y creativas, para invocar la presencia de Jesús estando reunidos en torno a su Palabra, como nos recuerda Juan, “llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Jn 4, 23).

Apegarnos a lo conocido nos da cierta seguridad, pero no lamentemos lo que por ahora no podemos disfrutar. Tomemos la iniciativa. Los laicos y las laicas estamos ante un desafío: sumergidos en esta dinámica encarnatoria en la que hacemos presente el don fecundo del Dios de la Vida en la vida, somos invitados a descubrir la sacramentalidad de lo cotidiano. Allí, mirando con ojos nuevos la materialidad de las experiencias diarias podremos percibir de qué modo refieren a Dios. Porque en ellas Dios se dice y nos dice, con

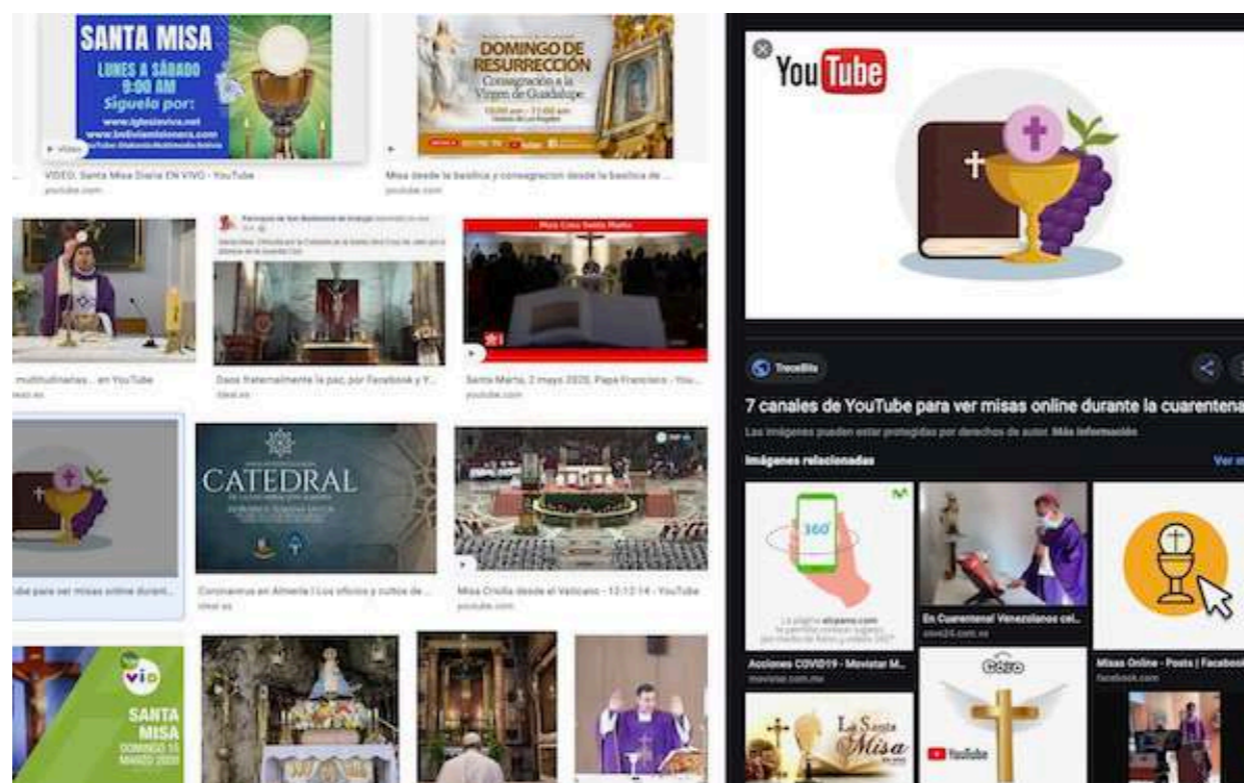
nuevos sentidos y virtualidades, trascendiendo los límites que nos son impuestos por las circunstancias y que decidimos libremente respetar.



En este momento tan peculiar se hace patente lo que el Concilio afirmaba años atrás: el clero sabe que no puede asumir solo toda la misión salvífica de la Iglesia, por eso reconoce la cooperación del laicado en la obra común (LG 30). En las casas, podemos asumir “la participación en el oficio sacerdotal de Cristo, en orden al culto espiritual para gloria de Dios y de los hombres” (Lumen Gentium, 34) presidiendo celebraciones de la Palabra, proclamándola y explicándola, invocando al Dios Trinidad que nos sale al encuentro, presentándole nuestros temores, ofreciendo los pequeños logros cotidianos. Poner en sus manos los vínculos heridos, compartir el pan en torno a la mesa diaria. Bendecirnos mutuamente, perdonarnos más de una vez.

Preocuparnos de los mayores y acompañarlos con ternura. Despedir a los que hacen su pascua y darles la bienvenida a quienes nacen. Todas estas acciones cotidianas son signo eficaz del Amor de Dios y con ellas consagramos el mundo, nuestro mundo, a Él (Lumen Gentium, 34).

En este tiempo, el día a día es el lugar de la presencia de Dios en nuestras vidas. Los ambientes de la casa, las personas que la habitamos, los vínculos que nos unen y a veces nos distancian, los animales y las plantas con quienes compartimos el espacio y a quienes también cuidamos. Ese es el lugar donde hoy Dios sale a buscarnos. Habremos de generar entonces el momento para hacer allí mismo la fiesta del encuentro. Hoy nuestra espiritualidad ha de hacerse carne en la vida que se nos vuelve rutina, redescubriendo el valor de las pequeñas cosas, de los gestos sencillos y dando gracias a Dios por ellos, recordando que hacer fiesta rompe la monotonía. Hará falta dedicarle tiempo e incluso invitar a otros y otras a participar. Las redes nos ayudan. Estamos todos, como podemos, campeando el temporal.



Me gusta pensar que después de esta pandemia, nuestras celebraciones litúrgicas recogerán estas experiencias vitales. Así como la de los laicos y laicas que supieron generar y animar las celebraciones como protagonistas y no como espectadores. Habremos de pensar conjuntamente, clero, laicado y consagrados/as cuál será el impacto de la experiencia celebrativa de las iglesias domésticas en las liturgias comunitarias o si volveremos a ellas como si nada

hubiera pasado, pensando que aquello fue solo un auxilio transitorio para salir del paso.

Cuando la vida se pone en juego Jesús recorre su pascua liberadora junto a cada uno, cada una y con todos. Nuestras liturgias celebran su Vida y su entrega y con ellas las nuestras. Nadie nos ha robado la misa. Nadie

puede robarnos los sacramentos. En este tiempo está en nuestras manos, en nuestros ojos y en nuestro corazón, recuperar la sacramentalidad escondida en lo ordinario, para que se vuelva extraordinario.



Semeadores de solidariedade e de esperança pascal

Cristãos leigos e leigas em tempos da pandemia



Tenho no coração os cristãos leigos e leigas neste tão grande território, cada um em seu espaço geográfico, familiar ou profissional, Igreja viva, unida pela fé de Jesus Cristo e solidária a todos os irmãos e irmãs em humanidade. Neste tempo da pandemia do novo corona vírus, em que somos obrigados a parar, temos uma chance de crescer na vivência da solidariedade e da espiritualidade.

Falemos a partir da esperança de um Deus que está presente através de Jesus Cristo, por seu Espírito de amor-serviço, comunhão e liberdade. A fé madura, nascida da experiência pascal, entranha solidariedade e esperança. Deus (Presente!) caminha conosco e em nós. Com sua luz, nos convida a renovar nossa fé, nos dias de hoje.

Não queremos uma fé infantil, que delega a Deus todas as responsabilidades por nosso presente e por nosso futuro. A fé infantil deseja o Deus mágico e suspira por retribuições divinas à altura dos esforços pessoais. É preciso dizer não à fé infantil que pede a cura divina, mas sem uma resposta humana. Ilude-se buscando o rito que realize desejos e caprichos. A fé infantil diminui o Deus de Jesus Cristo porque desdenha o seu caminho de vida, morte e ressurreição por nós. Apouca a humanidade chamada a construir um mundo novo na liberdade e na criatividade.

Não queremos uma fé como aquela proposta por Satanás a Jesus, no relato das tentações. Hoje, ela tenta Deus com

jejuns vazios, incapazes de converter o coração e de dilatar a capacidade de serviço humilde. Ao contrário, configura manifestação de poder manipulador sobre os pobres e pessoas simples em sua fé, nuvem de fumaça a esconder a covardia e a crueldade.

Não queremos a autossuficiência arrogante que faz ver a realidade com a ótica da onipotência, do controle e do domínio sem compaixão. Tampouco queremos o medo que aperta o coração, obscurece a mente, paralisa as mãos e acovarda a existência chamada à expansão.

Desejamos a fé lúcida que repete, com São Paulo, que Deus é maior que nosso coração e que, sem embargo, conhece a fragilidade, o medo e a limitação. A cada momento, oferece um recomeço. Abre caminhos de vida, convida à conversão. Desperta a inteligência para considerar e dilata o coração para sentir o sofrimento dos pobres e dos mais vulneráveis como o grito do próprio Deus a ser ouvido e atendido. Para além do que podemos nem em sonhos imaginar, a fé ajuda a intuir a novidade benfazeja de Deus em nosso hoje, aparentemente impossível, a espreitar nosso mundo, nossa interioridade, nossa janela, nossos trabalhos, nossa juventude adormecida.

“O Senhor desperta, para acordar e reanimar a nossa fé pascal”, nos lembrou Francisco ao comentar o texto da tempestade acalmada (Mc 4,35), em sua homilia na Benção

Urbi et Orbe, em plena pandemia (27/03/20). Não é Jesus que não se importa conosco, somos nós que dormimos! Ele, ao contrário, nos convida “a despertar e ativar a solidariedade e a esperança, capazes de dar solidez, apoio e significado a estas horas em que tudo parece naufragar”. Entre distração, orgulho e egoísmo, somos caminhantes em dívida com a vocação de amor a que fomos chamados, com o amor ao próximo, com a bondade da natureza. Nós nos “deixamos absorver pelas coisas e transtornar pela pressa. Não nos detivemos perante os teus apelos, não despertamos face a guerras e injustiças planetárias, não ouvimos o grito dos pobres e do nosso planeta gravemente enfermo. Avançamos, destemidos, pensando que continuaríamos sempre saudáveis num mundo doente”, falou Francisco. Mas não é possível permanecer sempre saudável num mundo doente.

A cura necessária não se circunscreve ao novo Corona vírus. Essa é uma etapa imediata, exige a participação de todos, mas é limitada. A pandemia expõe doenças mais profundas, cuja manifestação se dá por sinais em todos os níveis, como poderiam ser:

- ❖ sociedades rapidizadas, baseadas no consumo e na produção, sem tempo para reflexão e convivência e sem consonância com os ritmos mais lentos de recuperação da natureza;

- ❖ ecossistemas gravemente afetados por um desenvolvimento sem ética;
- ❖ individualismo gerador de tristeza e falta de sentido;
- ❖ cultura do descarte cada vez mais enraizada nas decisões econômicas e políticas;
- ❖ economia que produz riqueza com desigualdades;
- ❖ sistema de saúde pública debilitado e em alguns contextos sucateado;
- ❖ mercado de trabalho precarizado, com dezenas de milhões de trabalhadores informais à margem sequer de um cadastramento que viabilize a implantação justa de políticas de renda mínima para encarar a crise econômica.

No Brasil, chama a atenção que, durante a pandemia, as palavras “desemprego” e “desempregados”, que pouco ou nenhum lugar tiveram nas decisões econômicas governamentais brasileiras nos últimos dois anos, subitamente aparecem, em contexto ideológico, para justificar medidas contra o distanciamento social, contra as orientações da OMS e contra a totalidade das comunidades científicas como forma de conter o novo corona vírus. Que súbito interesse! Mas não se trata, como sabemos, de interesse pelos espoliados, mas sim defesa de um sistema econômico que briga com a vida, ao invés de garantir a vida.

Diante das profundas doenças, expostas neste tempo de pandemia, experimentamos pequenas curas. Este tempo nos coloca em luta contra o nosso afã de controle e nos abre ao



exercício da confiança, da solidariedade, especialmente com os pobres e os que tiveram seus trabalhos encerrados de um dia para o outro. Abre-nos ao exercício da convivência familiar, em espaços pequenos e responsáveis pelo acompanhamento de nossas crianças. Coloca-nos diante do aprendizado de viver sozinho. Suscita perguntas. Talvez nosso “trabalho remoto” não será tão eficiente – como professora universitária e educadora, penso nisso todos os dias. Mas também este tempo faz experimentar novos valores, interações, conhecimento das pessoas (eu não sabia, mas tenho um aluno enfermeiro, na linha de frente desta

epidemia, manifestação do operante Espírito de Deus). Que atitudes e conhecimentos construirão um mundo novo?

A fé nos ajuda a ver que a força do Espírito de Cristo continua atuante e forte. Há um mosaico de dons e serviços que vão tecendo esta rede de dependências recíprocas. Vemos este caleidoscópio de dons naqueles que entregam sua vida neste momento, e aqui podemos citar os trabalhadores da área da saúde, cuidadores e cuidadoras, auxiliares de enfermagem, enfermeiros e enfermeiras, médicos e médicas. O Espírito atua em tantos que tornam a vida mais pujante, mais humana ou simplesmente possível nestes tempos difíceis. Atua em milhares de voluntários da saúde, das comunidades, dos edifícios residenciais. Nos jornalistas engajados que buscam trazer as situações concretas do dia-a-dia das cidades. Nos trabalhadores no campo, nos mercados e supermercados, nos que se dedicam a serviços de limpeza, nos bombeiros, motoristas de caminhões. Nos sacerdotes, religiosos e religiosas, pastores que deram a vida e acompanham, de alguma maneira, a seu povo. O Espírito nos questiona na figura dos entregadores de mercadorias, muitas vezes explorados, que subitamente conhecem uma relevância que nem em sonho poderiam imaginar... Enfim, são tantos que estampam em nossa cara e nos jornais a radical interdependência mutua, a participação de todos e todas na humanidade comum, a sinalizar nosso vínculo originário. Neste entramado humano não estaria o Espírito suscitando algo novo?

Tudo isto nos mostra que é preciso viver o nosso HOJE, segundo as medidas necessárias de contingenciamento da pandemia, porém olhando para o FUTURO que queremos construir. Passar simplesmente as atividades da agenda para os próximos meses de primavera contribuirá para um mundo menos doente? Certamente não. É preciso um novo discernimento de nossas prioridades, hábitos, projetos.

Sim, neste tempo de pandemia, podemos pensar em algo maior, em uma saúde e salvação inclusivas, baseadas em novas relações pessoais e sociais. Fundadas no respeito e no reconhecimento de todos e todas – não apenas em um pacto de medo. Uma salvação e uma saúde inspiradas na salvação que a vida-morte e ressurreição de Jesus nos traz, a partir dos pobres e espoliados da terra.

Podemos redescobrir o silêncio benfazejo que estava escondido pelo ruído e pela pressa e descobrir a força que brota da fragilidade, do experimentar-se finito e dependente. Santa Teresa de Ávila, no século XVI, comparou a interioridade humana a um castelo luminoso, feito de um claro cristal ou um diamante. A luminosidade não vem da força de projetos realizados, mas da acolhida humilde do Deus da vida, que faz morada no interior humano como luz, a desejar não mais do que receber hospitalidade em nossos sentidos, hábitos e projetos. A porta deste castelo, escreve Santa Teresa, é a oração humilde e a consideração de que algo não vai bem. A luminosidade acolhida faz da pessoa

como um jardim com plantas saudáveis, flores perfumadas e frutos. Mas é preciso acolher a luz, quere-la, duvidar dos ambientes tenebrosos que matam, apequenam e enfeiam a vida, alimentam a injustiça e a dominação nas relações familiares e sociais.

Somos chamados para a luz e para caminhar na luz. Neste tempo de pandemia, somos convidados a abrir espaço e tempo a esta luz, no silêncio e na oração, para que a fé amadureça. Como a fé de Maria, a mãe de Jesus. Fé que deseja fazer mulheres e homens inconfundíveis, não por seus projetos ou aparente poder diante de Deus e das pessoas, mas por seus frutos de serviço, justiça, respeito e solidariedade. Talvez este tempo de isolamento possa nos ajudar a ser mais humildes para encarar nossa verdade frágil e dependente de todos e, assim, mais sábios e purificados na fé, mais verdadeiramente humanos. Semeadores de solidariedade e de esperança pascal.



Olga Consuelo Vélez

Y ¿dónde está Dios en estos tiempos de coronavirus?

En poco tiempo el mundo cambió de rumbo. Lo que creíamos imposible, sucedió. El ritmo acelerado de la vida, la falta de tiempo para tantas cosas, las prisas y la aglomeración cada vez mayor, se detuvieron. Y ahora, en muchos países, estamos experimentando la cuarentena en casa. ¿Qué pensar en esta situación?



Creo que es una experiencia que nos confronta con la limitación humana. Somos creaturas vulnerables y limitadas. Aunque el progreso y el dinero parecen abrirnos todas las puertas y hacernos creer que lo dominamos todo, la misma realidad se encarga de recordarnos que el “misterio” de la vida y de la muerte, siempre nos desborda y no podemos agarrarlo en nuestras manos y determinar completamente el presente y menos el futuro.

Y ¿dónde está Dios mientras pasa todo esto? Es la pregunta que nos hacemos siempre que topamos con momentos límite y algunos aprovechan para interpretar esa realidad como un “castigo divino”. Ya escuché a un clérigo decir que Dios nos estaba castigando porque la gente no estaba celebrando las Semana Santa, sino que se iba a pasear. Por supuesto, esto es falso, aunque bastante gente se lo cree y más todavía cuando se nos invita a hacer oraciones casi tipo exorcismos como “espantando” ese mal que ahora nos ha caído encima.

En realidad, Dios está acompañando este momento y acompañándonos a cada uno/a para que asumamos esta realidad y salgamos adelante. Él muere con cada víctima del contagio, se cura con todos los que se han podido recuperar, tiene miedo con todos los que están llenos de temor a contagiarse, sufre con las consecuencias que trae esta situación, especialmente, a nivel económico, para los más pobres. Pero ¿acaso Dios no tiene poder para librarnos de este mal definitivamente? Una vez más podemos constatar

cómo es el Dios del reino, anunciado por Jesús: no es un Dios de poder que cambia por arte de magia las cosas, sino es el Dios encarnado en esta humanidad que cuenta con cada uno/a de sus hijos e hijas para llevar adelante la historia humana. Para salir de la pandemia necesitamos del esfuerzo humano a nivel de la ciencia para detener el virus y producir una vacuna y necesitamos de la generosidad de todas las personas para sobrellevar esta dificultad y vencerla. Así lo ha dispuesto Dios en su manera de crear este mundo y confía que sepamos hacerlo.

Muchas cosas podemos aprender de esta situación, pero es necesario estar atentos a lo que pasa y aprender de ello. Entre muchas, nombremos algunas que se me ocurren ahora.

Que importante es que se destinen recursos para la salud, para la investigación, para la ciencia. Pero ya sabemos de las trabas que ponen los gobiernos para disponer de esos recursos. Como no dan ganancias económicas, no se les presta el debido interés. Que importante es también, crecer en generosidad y en eso de que “nadie pase necesidad”. En situaciones como estas es que se verá que tanto somos capaces de compartir. Los gobiernos lanzan algunas medidas para aliviar los pagos, los créditos y dar alguna bonificación a los que se sabe no tendrán ingresos económicos. Pero hay mucho que no se alivia con estos recursos y cada persona debería ver donde hay necesidad, para salir al paso. Por supuesto quienes tienen salario fijo son los que pueden hacer

esto. Todos aquellos que viven del día a día y los que tienen negocios son los más afectados. A todos ellos hemos de buscar cómo ayudarlos y, exigir, por supuesto, que los gobiernos dispongan recursos para ello, aunque las reservas del país disminuyan. Aquí podríamos invocar aquella parábola del rico insensato (Lc 12, 16-21) que tuvo una abundante cosecha y en lugar de pensar en repartirla, se puso a construir graneros para almacenarla para sí. ¡Rico insensato! Dice el evangelio y así se podrá decir de todos aquellos gobiernos que no decretaron rápidamente la cuarentena porque solo pensaban en que no se detuviera la producción de riqueza para acumular más y más y en todos los que ahora se encierran en su pequeño mundo y no quedan atentos a las necesidades de sus semejantes.

Pero mirándolo desde el punto de vista cristiano, además de contrastar la imagen de Dios que tenemos -como lo señalamos arriba-, esta realidad nos confronta con esa mentalidad de algunos cristianos que ponen toda su vivencia de fe en los sacramentos, en el “cumplimiento estricto” de las normas litúrgicas, en las fiestas religiosas, en el clérigo, etc. En Colombia algunos cristianos protestaron porque se había dado la directriz de recibir la comunión en la mano. Ahora ya no es solo esa directriz, sino que no habrá celebración ni de eucaristías dominicales ni de Semana Santa. Ojalá que la circunstancia sirva para que abran las mentes y sobre todo los corazones y entiendan aquello de que el ser humano va antes que el cumplimiento de la ley.

Sin duda, no son tiempos fáciles porque el sentirnos confinados en casa desgasta, por mucho ánimo que pongamos. También porque las salidas que hacemos para comprar lo básico, van con el temor de ser contagiados y el otro parece más un peligro que un hermano. Pero tenemos la oportunidad de vivir todo desde la fe, no en el Dios mágico -que no es el Dios cristiano- pero si la fe en el Dios que encarnado en nuestra historia nos mueve a vivir -una vez más- una situación que nos sobrepasa, pero en la que -de la mano del Señor- saldremos adelante. La limitación humana no nos ahorrará sufrimiento, desconcierto y miedo, pero la fe nos fortalecerá para seguir adelante, superando todos los obstáculos.

También es esperanzador comprobar que tanta gente que no tiene fe o no lo dice explícitamente, cuando se trata de comprometerse con la vida humana, lo hacen y en qué medida! Todo el personal de la salud, pero también los jóvenes que en Europa y en China se han ofrecido a ayudar a las personas mayores o que han alegrado con sus músicas y símbolos estos días de soledad y encierro. No celebraremos litúrgicamente la Semana Santa, pero la estamos viviendo en este presente y cuando todo esto se controle y supere, llegará la Pascua de la vida, en la que podremos proclamar desde dentro: El Señor ha resucitado y, una vez más, Su vida en nuestra vida, ha ganado la partida.



De la eucaristía sacramental a la eucaristía existencial

La lectura del evangelio de Mateo 12, 1-8 nos recuerda las críticas que los fariseos le hicieron a Jesús porque sus discípulos, en día sábado, tenían hambre y al pasar por unos trigales, comenzaron a sacar las espigas y se comieron los granos. Eso no lo podía hacer un buen judío. Los discípulos estaban mostrando poco dominio de sí, poco sacrificio y, sobre todo, no estaban cumpliendo la ley que es lo que

garantizaría su fidelidad a Dios. Jesús les responde con el ejemplo de lo que hicieron David y sus compañeros cuando estaban muertos de hambre: “entraron a la casa de Dios y comieron los panes sagrados que ni él ni sus compañeros podían comer, sino solamente los sacerdotes”. Pero como parece que los fariseos eran “de dura cerviz” Jesús tuvo que seguir explicándoles: ¿No han leído en la Ley que los sacerdotes trabajan los sábados en el Templo y no por eso pecan? Entonces Jesús les explica la novedad del reino que Él anuncia: “Aquí hay uno que es más grande que el Templo”, es decir, Jesús supera toda Ley, todo cumplimiento, toda norma y con esa autoridad puede decirles: “Si ustedes entendieran claramente lo que significa “yo no les pido ofrendas, sino que tengan compasión” no estarían condenando a estos inocentes -es decir a los discípulos por haber comido el trigo-. Jesús termina diciendo: “el Hijo del Hombre tiene autoridad sobre el sábado”.

Pues bien, estas lecturas sobre el sábado que hemos leído y meditado tantas veces, hoy más que nunca nos interpelan y nos invitan a ponerlas en práctica. La vida cristiana no es una vida de cumplimiento. Es una vida de libertad. Y no por un relativismo absurdo sino porque Jesús pone al ser humano en el centro de toda religión y todo lo demás a su servicio: leyes, sacramentos, ritos, doctrinas, normas, costumbres, tradiciones, etc. La vida cristiana es misericordia, compasión, fraternidad/sororidad, disponibilidad, servicio, entrega, donación de sí, entrega de todo y, por supuesto, de sí mismo.



La situación de cuarentena que vivimos nos ha quitado la posibilidad de participar de la eucaristía “sacramental” pero no de la eucaristía “existencial” que, si entendemos el mensaje del reino, no significa que ahora veamos la misa por televisión o que partamos un pan en nuestras casas y hagamos muchas oraciones. La verdadera eucaristía

existencial la celebramos en este asumir las circunstancias que hoy vivimos y las hagamos un verdadero “partir el pan”.

Hay eucaristía existencial cuando nos duele la cantidad de personas que han muerto por este virus. Cuando nos comenzamos a quitar el pan de nuestra boca para compartirlo con tantos que tienen necesidad. Cuando

pagamos el salario a las personas que nos sirven (servicio doméstico, portería, jardinero, etc.) sin que vengan a trabajar. Cuando pensamos en serio qué modelo económico tenemos que fomentar para que todas las personas tengan cubiertos sus derechos básicos. Nunca como ahora ha quedado evidente (aunque ya lo sabíamos, pero seguíamos pasando de largo) que son muchísimos los pobres que viven del día a día y que no tienen casa, comida, servicios públicos -especialmente agua-, trabajo digno, educación y, por supuesto, un sistema de salud capaz de responder a las necesidades de todas las personas.

Hay eucaristía existencial, cuando contemplamos la creación y vemos que está descansando de nuestra explotación absurda y el aire parece un poco más claro, los animales están volviendo a su hábitat, los mares parecen más transparentes, aunque todo esto es infinitamente poco, comparado con todo el cambio ecológico que deberíamos hacer para cuidar efectivamente de la casa común.

Hay eucaristía existencial cuando los grandes empresarios y los bancos, tal vez, por primera vez en su vida, no piensan en ganar sino en repartir lo que tienen para que todos puedan vivir.

Pero también habrá eucaristía existencial cuando la iglesia institución se replantee su estructura externa y su énfasis -a veces casi exclusivamente- en la vida sacramental. Muchas

comunidades y parroquias comienzan a estar afectadas económicamente porque la situación está impidiendo que entre dinero para su sostenimiento. ¿Será la oportunidad de hacer real una iglesia pobre? Y ¿será la oportunidad de una iglesia que no se centra en lo sacramental sino en la vida de la gente, en sus necesidades vitales, en esa liberación que anunció Jesús de todo lo que impide la vida plena y sana para todos?

Ojalá que esta pandemia nos ayude a vivir la eucaristía de la vida que es asumir el momento presente y hacer todo por salir adelante, no a nivel individual sino comunitario. Y, por supuesto, no es fácil, no deja de tener dolor porque la circunstancia es bien difícil -pero así vivió Jesús la última cena, a un paso de ser asesinado-.

Pero, sobre todo, ojalá que tanta celebración sacramental que se transmite por los medios de comunicación no nos evada de la vida concreta y de la espiritualidad encarnada y nos hagan creer que por mucho “ver” liturgias e “invocar el nombre de Dios” estamos cumpliendo la ley. En realidad, la verdadera religión -la que el Señor quiere- asume la vida y se compromete con ella.



Comisión de Teólogas de América Latina

Mayo 2020

institución teresiana